

## Capítulo 1

### **Erika**

Las cinco campanadas vespertinas del edificio de correos salpicaron el viento al tiempo que huyeron sus labios despavoridos. Inclino la cabeza escondiendo la mirada azabache. Luego, sin mirarme, acudio a mi mano intentando consolarme a la vez que musitaba disculpas inesperadas e inconexas que yo interprete como avanzadillas de infortunio. Calló y esperó mi reacción a su primera andanada.

El desconcierto de sus rodeos pueriles y, sin embargo, envenenados de tragedia, enmudecieron mis labios. ¡Era ella quien debía seguir hablando hasta el final!, hasta su última palabra, aguantando las pedradas de mis ojos.

Fue en un dulce día de mayo cuando las tardes se alargan hasta abrazarse con la luna, en un parque frondoso, habitado en sus rincones por sensibilidades sosegadas y admiradoras de milagros cotidianos, después de besarla con inagotable pasión, como lo hacía desde que ella me lo permitió, casi al poco de conocerla.

Aprovechó los importunos gritos de unos niños detrás de una pelota, a los que miró sesgadamente, para inspirar el arrojo necesario que la ayudara a continuar. En el mismo aire yo me transformaba en impaciencia con presagio agrio.

Cuando por fin alzó el semblante me espetó contundentemente la sentencia de terminar con nuestra relación. Ahora no pudo aguantar el llanto, ni yo su estocada. Pero dentro de su aparente desorden reaccionó con autoridad a mi amago de rebatimiento y vomitó, casi obscenamente, sus razonamientos de sobra ensayados.

No admitía súplica. No dejó rendijas de duda. No enarboló culpas ni culpables... Sencillamente se acabó. El pragmatismo que le caracterizaba dictó las formas. Su presencia se transformó en recuerdo antes de que la razón engullera el abordaje de mis oídos. No obstante sus prisas, tuvo la delicadeza de esperar a la reposición de mis latidos y a la coloración del semblante.

En esos instantes de oscuridad un gran dique de amor saltó por los aires y me vi arrastrado y vapuleado por el desengaño. La desesperanza me depositaba en los confines de la Tierra donde el desierto de la amargura me descomponía sin remedio. Cinco años de felicidad estaban resquebrajándose con premura angustiosa, como un terremoto preñado de ruina. Como una sentencia a muerte sin testigos, en una alevosa noche de paredón.

Intenté, en mi ahogo, explicarme con sus razones la decisión tajante e inesperada, pero una y otra vez me tragaba un abismo doloroso. ¿Por qué no intuí el desenlace? ¿Qué clase de ceguera me impidió ver que el camino se estaba estrechando? Ella lo supo antes que yo y sin embargo no avisó, no hizo señales de peligro, no dejó ver su cansancio, si ése era el motivo. Me hundía, me hundía en un cenagal de borbotones sulfurosos donde sucumbían las más fornidas necesidades de vivir. El fin llegó sin principio.

No tuvo ninguna explicación ¿o sí? mi rebelión donde proferí desatinos altisonantes e incongruentes, probablemente sarpullidos de soberbia acarreados por la humillación. Quise vengarme con tal saña que desperté su furia hasta ahora apaciguada por un atisbo de sentimiento culpable. Despertó su orgullo barriendo la agónica atmósfera que nos envolvía; su ser abducido por la cólera huyó de la comprensión. Nos atrincheramos en

una discusión avarienta, donde afloraron las enjundias pestilentes sin más tregua que los gritos.

Mi reacción rencorosa fue dejarla plantada debajo del árbol denso, nuestro testigo, que desde antaño resguardó la emoción de su presencia. Se calcinó el parque hermoso que un lejano día acogió los sentimientos incipientes de un gran amor y, ahora, su destrucción. La vulgar realidad estaba deshojando el símbolo de una unión indeleble, destruyendo el testigo de un sueño sustentado por sus caricias.

Apenas anduve cincuenta metros en mi retirada encharcada de bilis y ultraje. Paré en seco en medio de unos nogales agigantados por el miedo a perderla definitivamente. Respiré hondo. Decidí esperar a que el viento de la ira amainara dejando que nuestros juicios reposaran en el sosiego de entonces, cuando el estanque de los cisnes nos marcaba las horas como si se tratasen de minutos. Dudé unos segundos. Al cabo di la vuelta e intenté allanar la pendiente de orgullo que dejé en mi huida. Me dije que aquello no estaba pasando.

Me acerqué a ella. Se encontraba de espaldas, parecía arrebatada por el barullo de chiquillos y sus madres obsesionadas en darles la merienda. Atónito observé mi brazo derecho capitaneado por la mano dirigiéndose a su pelo con la intención de acariciarlo. Ella me esperaba. Sabía que me estaba acercando sigilosamente a su cuerpo inmóvil, expectante señuelo deseado. La algarabía de mis ojos me arrastró hasta su aroma, hasta casi enredarme en la brillantez de sus cabellos, hasta casi fundirme en sus hombros redondeados, su cuello espigado, su espalda delicada. El grito desgarrador de una loba en busca de su cachorro para que se tomara el zumo de naranja, zarandó la nube onírica alimentada por mi negación al fracaso, y me arrojó al suelo donde quedé paralizado y miedoso de ser nuevamente víctima de su ira ignota. Rápidamente desterré

la idea cándida de abrazar su mano y pasear en silencio intentando repoblar los campos desangrados tras la cruenta batalla.

Al poco rato se incorporó y abandonó el lugar de la discusión dirigiéndose hacia la salida del parque. Mientras seguía sus pasos, me decía una y otra vez que no podía permitir terminar una historia tan hermosa con un grosero desplante por mi parte; debía pedirle perdón, siquiera en justa compensación por la dicha de haber asistido juntos a los despertares de nuestros sentimientos amorosos.

Me faltaba arrojo para plantarme nuevamente ante sus ojos, en cambio la seguí instintivamente trazando un hilo imaginario de unión entre su presencia y mi arrepentimiento. Me separaba de ella una distancia prudencial que por alguna razón extraña estaba convirtiendo a Erika en una persona desconocida; nunca la había oído discutir como en este día y comencé a dudar de su reacción al atajarla e intentar disculparme por mi desagradable comportamiento. Seguramente me miraría de arriba abajo rajándome el cuerpo, demostrándome que mis entrañas estaban repletas de puerilidad, o peor aún, de cobardía por dejarla con la palabra en la boca y no encajar maduramente la ruptura.

Inesperadamente se encerró en una cabina telefónica y habló un par de minutos: sonreía. Cuando finalizó la conversación continué tras ella hasta introducirse en la boca de metro más próxima a la salida del parque. Eligió uno de los andenes de la línea dos, la misma que usábamos todas las noches cuando la acompañaba a su casa. Entró por la puerta central del vagón y yo por la primera, la más cercana al conductor. De esta forma la observaría camuflado entre los anónimos pasajeros, mientras recuperaba la hombría necesaria para abordarla y excusarme por el desalojo de mis modales, intentando dejar otra huella que no fuera la de un timorato.

Miraba al suelo. La melena morena tapaba su cara a modo de doseles opacos guardando los pensamientos. Ella era la única persona que existía en el vagón. Los demás pasajeros los imaginaba figurantes del drama coreándole a Erika en silencio atronador que nunca encontraría una persona que la amara tanto como yo. Que no hallaría otro esclavo tan sumiso a sus deseos.

Me encontraba solo, perdido. A instantes me envalentonaba y a ratos me acobardaba sin perder el ensueño de abrazarla de nuevo.

Efectivamente bajó en la parada cercana a su domicilio. Me prometí que cuando alcanzáramos la superficie la detendría para disculparme de mi ridícula reacción ante la exposición coherente, meditada y adulta que ella intentó hacerme y yo interrumpí ciego de insolencia y embrutecimiento. No permitiría que esa noche se acostara con el recuerdo de mis últimas palabras, ni con la sensación de haber perdido el tiempo en los cinco años que duró nuestra fantasía.

Aceleré el paso porque se acercaba la esquina de su calle; el portal de su casa se encontraba a escasos metros después de girar a la derecha. Cuando quise llamarla antes de que virara me detuvo la sorpresa de su rumbo, puesto que siguió andando en línea recta. Frené en seco dejando que ella aumentara nuevamente la distancia que nos separaba y me brincó la curiosidad de saber su destino: continué detrás de ella.

Caminaba firme, decidida, más deprisa después de mirar su reloj. Por último arrancó en una suave carrera y alzando el brazo saludó a alguien, mostrándome el final de su viaje. Un hombre alto, rubiales, le devolvía el saludo y se acercaba a ella con manifiesta alegría. Se besaron en los labios mientras la estrechaba por la cintura y ella lo cercaba por el cuello. Erika alegre y él agradablemente risueño hablaron unos segundos como

decidiendo dónde querían ir, sin romper el abrazo. Cuando el hombre levantó la cara señalando un lugar en la dirección que yo me encontraba, estando ella aún de espaldas, me topé con la mirada de nuestro profesor de literatura: una persona estupenda y empeñada en descubrir la personalidad de sus alumnos a través de la lectura. Me minimicé y quedé turulado. Durante unos segundos nos quedamos escayolados. Ni una brizna de intención en saludarnos, estaba tan sorprendido como yo, pero aguantó el tipo durante los instantes que transcurrieron entre mi pasmo y la decisión de darme la vuelta y salir corriendo, porque me sentía un lerdo en la corte del rey Arturo.

Me juré que jamás sabría Erika de mí. Yo de ella sí: cada vez que rozo con la memoria el desgarró del desengaño en un día dulce de mayo.

Es insultante adivinarse relegado por la vida, marcado con el inmisericorde estigma del fracaso. Sentir que el cosmos del azar le escoge a uno sin previo aviso para lanzarle al tiovivo humano, a sabiendas de la incompetencia para vivir. Pertenezco a la masa insensata que aspira al bienestar de los escogidos, pero que irremediabilmente termina hundida en la poza de la intranscendencia.

¿Cómo habrían llegado a congeniar el profesor y Erika? Lógicamente tuvo que haber un proceso en el que intercambiaron primero opiniones, luego conversaciones más o menos largas, para finalizar confesándose intimidades que dieron lugar a la confianza y al descubrimiento de su atracción. Mientras tanto yo, ignorante, pululando entre los dos.

¿Qué estaba haciendo yo durante ese proceso? ¿Qué no estaba haciendo ella y yo no adiviné? Ciego de mí, no vi cómo la felicidad se escapaba gota a gota, beso a beso. Ahora no recuerdo nada en concreto que ella echara en falta o me estuviera anunciando

que yo obviara, quizá porque nuestra relación rodaba con la inercia de lo sobreentendido, como el pabito de una vela, ardiendo parsimoniosamente hasta consumir la esencia que lo abraza.

Por la noche la cama se me hizo una balsa a la deriva en un cauce bravío. A partir de lo visto hoy ¿cómo debería comportarme en el instituto? ¿Saludar a Erika de soslayo como si nada hubiera pasado? ¿Y al profesor? ¿Cuál debería ser mi comportamiento en la clase de literatura cuando me encontrara atrapado entre ellos? ¿La del vencido sometido al invicto con el rabo entre las piernas? El hecho irrefutable era la amargura del abandono recorriéndome el espinazo como un intenso helor mortuorio. ¿Quedaba alguna alternativa?

La mañana siguiente llegó sin rutina. La marquesina de la parada de autobús donde me habría apeado para ir al instituto parecía barruntar mi destino; su semblante desportillado, pintarrajeado, anodino, eran señales inequívocas de mis futuros pasos. Se cerraron las puertas del vehículo después de descargar a los cuerdos y esperanzados..., a los elegidos. Seguí sentado mientras la parada que me recibía todas las mañanas se alejaba de mi futuro con parsimonia de procesión e indiferencia de olvido. Los dos sabíamos que ya no buscaría su resguardo, ni vería más sus anuncios emparedados entre los cristales cuarteados por el gamberrismo cotidiano.

Fue en el último curso antes de entrar en la universidad, cuando explotó mi existencia. Estaba tomada la decisión de hacer una ingeniería. No tuve valor de enfrentarme a la lapidación de los compañeros chismorreando mi separación de Erika y, menos aún, ser testigo de la secreta relación entre ella y el profesor de literatura. Tampoco estaba calculado el disgusto de mis padres. Y sí, definitivamente mayo dejó de ser hermoso.

La década de los setenta empezaba en la próxima esquina. Los libros de las asignaturas correspondientes de ese día los tiré a una papelera quedándome tan solo con el inseparable cuaderno cuadriculado de tamaño folio, donde bajo el camuflado título de “apuntes”, guardaba en tinta algunas quimeras y sentimientos inconfesables. Sabía que tarde o temprano lo iba a necesitar.